

Desdicha

Camino solo por la calle. No llevo un rumbo en específico, no tengo ningún lugar al cual llegar. Paso a través de los mismos escenarios una y otra vez, mientras hago una ronda interminable cuyo fin solamente llegará cuando mi mente asimile finalmente lo que ocurre dentro de mi cabeza.

A cada paso, pretendo ante los otros peatones que tengo un sitio a donde ir. Camino como si tuviera prisa. Quiero que piensen que existe algo importante en mi destino, tan importante que no puedo dudar en usar la fuerza para abrirme camino entre la concurrida calle...pero no es posible. Nadie se detiene a pensar en nadie. Al transitar por la calle, no hay tiempo de pensar más en uno mismo. Diariamente ocurren robos, peleas, caídas y todo tipo de desgracias que a ninguna persona interesan más que a los involucrados. Tal vez aparezca, alguna que otra vez, un curioso que intenta averiguar “¿qué me perdí?”, pero no pasa de que forme en su rostro una mueca de asombro o compasión antes de volver a su propio mundo. Es la cruel mano de la indiferencia, que juega con las vidas de quienes no conoce.

Caminar ayuda. No es una terapia propiamente pero al menos te hace olvidar, paso a paso, la desgracia. Mirar el pavimento al caminar, es una buena forma de pasar el tiempo. Una botella vacía por aquí. Una colilla de cigarro apagada por allá. Un pedazo de goma de mascar reblandecida por el sol del mediodía, preparado para arruinar la suela de algún zapato descuidado. El mundo es tan variado que no puedo evitar pensar que nuestra vida es igual a la de una pequeña hormiga que lleva a cuestas el peso de un mundo mientras, a la vez, corre para evitar ser aplastada por cientos de miles de indiferentes paseantes. Somos tan pequeños y sabemos tan poco sobre nuestro futuro.

Más terrible que la indiferencia, es su amiga la incertidumbre. Peor que las dos juntas, es aquel horripilante adefesio que solemos llamar esperanza.

En alguna ocasión mi afición por la lectura de mitología griega me llevó a toparme con el mito de la caja de Pandora. Éste es bastante peculiar, ya que nunca se ha sabido interpretar de la manera correcta. Dice el mito que la caja, al abrirse, liberó todos sus males al mundo...pero se quedó dentro la esperanza. Aquí surge la duda. Hay quien dice que la caja no podía tener males, porque la esperanza no puede ser un mal. Otros dicen que la esperanza se liberó con todas esas alimañas para que los hombres pudieran soportar el dolor que sufrirían a partir de ese momento. Para mí la esperanza no sólo es un mal. Yo pienso que es el peor de ellos. La esperanza es traicionera y se regocija en la crueldad. Se presenta en momentos de sufrimiento y nos hace creer que todo va a ir bien. Mientras más adversa la circunstancia más fuerte se impone en el espíritu sólo para que, cuando el fracaso llegue, el golpe sea mucho peor que si no hubiera estado ella presente. Es ella quien, cuando ya nos ha golpeado y nos tiene sometidos, mientras todavía nos tiene tirados en el suelo adoloridos por la caída, vuelve a aparecer tan sólo para poder burlarse nuevamente, para volver a golpearnos y para acabarnos sin la más mínima muestra de piedad.

Prosigo mi camino. Ya he pasado tres veces por el mismo sitio. Hay en esta calle una heladería, una panadería y varios negocios que encuentran aquí una cantidad de clientes limitada pero constante. Generalmente, en las tardes, se ve a los niños de una escuela cercana adquirir golosinas para el camino a casa mientras juegan y evitan darse por enterados que la vida no siempre es sencilla. Por otro lado, también hay días en que todo es tranquilo y deliciosamente apacible. Son días de aceras silenciosas a las tres de la tarde, días de negocios cerrados donde el único sonido audible es el de las aves que cantan sobre las ramas de algún árbol o en la saliente de alguna ventana. Pero hoy no es así. Hoy está repleto. Es viernes y todos corren para llegar rápidamente a sus casas, a disfrutar de otro fin

de semana.

Doy la vuelta en la siguiente cuadra y me encuentro en un lugar que contrasta, en gran medida, con la bulliciosa calle de la cual provengo. Aquí todo está siempre callado. Las puertas y ventanas están habitualmente cerradas. Las paredes permanecen marcadas con las firmas confusas de personajes mediocres que se quieren considerar artistas sin obra y que no encuentran mejor lienzo para aprender a escribir su sobrenombre que la pared de algún vecino distraído. Mientras camino, busco sin esfuerzo una llave dentro de mi bolsillo. Me dirijo entonces a una de esas puertas y abro. Estoy en casa.

Entro en una habitación cuadrada y pequeña. No parece existir mucha diferencia entre dentro y fuera. Aquí también es silencioso y triste. Si no fuera yo el que vive aquí, saldría de este ambiente maligno de inmediato. Al ver un par de fotografías mías sobre mi cama, no puedo evitar pensar que la soledad me acaba. Hay un monstruo que crece en mi interior. Un ser que lentamente se alimenta de mi tristeza, me atormenta, me consume...me mata. Segundo a segundo y hora tras hora, aquella detestable presencia exige su cuota de vida y se dedica a secar mis entrañas sin mayor consideración que la que presenta un león al devorar una gacela. Es implacable. No hay forma de ponerle freno, no hay forma de matarlo ni de sacarlo por lugar alguno. Si intentara arrancarlo, en mi esfuerzo me arrancaría la piel y los músculos hasta llegar al hueso, y aún así seguiría sometido por el intenso dolor que su sola presencia le causa a mi alma. Lo peor de todo, es que nadie más que yo es responsable de que esté ahí.

Hace unos meses, ocurrió un hecho que me ha marcado desde su gestación. Vivía yo en ese tiempo ajeno a todas las personas. Era presa y portador de la indiferencia que tanto he llegado a despreciar. Nunca me había molestado en mirar a mi alrededor o en pensar en nadie más que en mí. Ese día, me decidí a salir de mi trabajo antes de la hora de salida con el fin de tomar una bebida helada que calmara esa insaciable sed que regularmente invade al

cuerpo durante los embates del verano. En mi camino a la cafetería más cercana, por mero accidente, encontré aquello que todo hombre ansía encontrar...sólo que no fue tan placentero como hubiera esperado. Miraba sin mucho interés hacia la acera cuando mis ojos encontraron a una mujer tan hermosa que no se hubiera podido comparar en ninguna forma con cualquier otra que hubiera visto antes. Al instante, quedé flechado por una de las dolorosas saetas de Eros. En ese momento, no supe que hacer. La vi entrar en la cafetería a la cual yo me dirigía y sentarse en una mesa cercana a la ventana que daba a la acera. Quedé paralizado, sin poder avanzar un solo paso más. Me quedé ahí, inmóvil en medio de la calle, con fuerza suficiente para sólo para mirarla desde lejos e irme a casa después de algunos minutos de mirar, embelesado, como terminaba su bebida y se alejaba sin mayor prisa de aquel sitio.

Aquella noche no pude dormir. Permanecía con los ojos abiertos en la oscuridad mientras se agolpaban en mi cabeza preguntas para las cuales no tenía respuesta. ¿Quién era ella? Más importante aún, ¿qué me había pasado? ¿por qué no había podido ir hacia ahí y hacer...no lo se...algo? Fue extraño. Al día siguiente me levanté aún soñando con ella y, sin saber como ni porqué, empecé a sentir dolor. Ese dolor en el pecho que ahora se ha vuelto tan intenso y tan constante. Era ese monstruo. Había nacido.

Por días no la vi de nuevo, pero no era porque no lo deseara. Salía constantemente a la cafetería, a ver si encontraba alguna pista sobre la identidad de esa mujer tan bella...sobra decir que mis esfuerzos fueron infructuosos. Pasaron semanas antes de que, nuevamente por accidente, la volviera a ver. En esa ocasión, yo estaba dentro de la cafetería. Ella entró, resplandeciente, y yo no pude más que mirar su rostro, sus facciones tan extraordinariamente magnéticas que impedían que mis ojos se separaran de su imagen. Sin embargo, a pesar de mi poco discreto comportamiento, ella no volteó a verme una sola vez. Salió de la cafetería antes de que me diera el valor para actuar y no tuve más remedio que

volver a casa decepcionado. Extrañamente, esa noche me sentí algo más solo que antes.

Esta vez, el monstruo se revolvía inquieto y comenzaba a exigir alimento.

Al día siguiente, y para mi sorpresa, ella estaba en la cafetería. A partir de ahí, comencé a encontrarla constantemente. Trabajaba en el mismo sitio que yo. Pronto averigüé su nombre y la esperanza, esa cruel maldición, me hizo por momentos sentir fuerte y capaz (aunque debo decir que no lo suficiente para acercarme a hablarle). Entonces, un día, decidí que ella debía saberlo. Tome lápiz y papel y escribí todo lo que sentía. Deje plasmada en una carta todo lo que significaba ser yo, mi mente y mi corazón, mi percepción y mi más infinita disposición a renunciar a cualquier cosa tan sólo por que ella me diera una sonrisa sincera. Sin pensarlo mucho, dejé el documento en su sitio habitual de trabajo y me fui sin saber que esperar, pero con una confianza tan abundante que no podía más que sentirme alegre...hasta que el monstruo salió de su breve letargo. Antes de poder evitarlo, la alegría se convirtió en miedo y la confianza se esfumó sin dejar rastro.

Amaneció el día siguiente y el miedo se intensificó. Esperaba con ansia, y a la vez con mucho temor, el inevitable encuentro. Para mi alivio (y decepción), ese día no ocurrió nada. Pasaban los días y el encuentro no se daba. "Debo esforzarme más", pensé, y me preparé para presentarme en persona ante ella. A la hora del almuerzo del día que siguió, me dirigí a aquella cafetería a esperar a que apareciera. Cuando por fin apareció...no pude hacer nada. Fue algo patético. La vi entrar. La vi mirarme de reojo y dirigirme una expresión curiosa. La vi pedir lo usual y salir, no sin antes otorgarme una última mirada. Me había quedado paralizado. Es que al ver su rostro, sus ojos, su cabello...no pude moverme. No pude más que quedarme ahí, sin saber que hacer ni que pensar. Mi cuerpo desfallecía ante la conciencia de que mi oportunidad no sólo se había esfumado, sino de que yo la había matado. Entonces comenzó mi declive.

Sentí en carne propia el sufrimiento de Apolo, con la diferencia de que mi Daphne era aún más inalcanzable que la suya. Ella ni siquiera me dedicó su desprecio. Desde ese momento, ya no pude vivir más. Para mí perdieron su aroma las flores y perdió su resplandor todo el color. Las aves cantaban un eterno réquiem a mi felicidad ahora difunta y yo no podía más que bajar la mirada para darme cuenta que no había forma de deshacerme de este intenso dolor que invadía mi corazón. “¿Por qué?”, me preguntaba, pero no obtenía una sola respuesta satisfactoria. Así es como terminé en este sendero sin rumbo y con la mirada puesta sobre el pavimento. Busco en él las respuestas que no puedo encontrar en mi cabeza. Vuelvo a un hogar solitario, que ahora parece más triste de lo habitual. Vivo una vida monótona que ahora parece sencillamente miserable. Existo en un plano ajeno a cualquier otro sentimiento que no sea el de la profunda tristeza...y ese monstruo sigue dentro de mí, consumiendo todo lo que soy, todo lo que pienso y todo lo que me hace sentir que vale la pena seguir vivo.

He decidido que hoy, mi vida dará un giro. Como ese día, hoy escribo una carta emotiva y llena de mí. Dejo en esa carta todo lo que significa ser yo, mi mente y mi corazón, mi percepción y mi más infinita disposición a renunciar a cualquier cosa por dejar de sentir este dolor tan intenso. Aquí termina mi camino, porque no puedo pensar en otra cosa que en simplemente olvidarme de que existo. Firmo con dolor esta misiva y no me queda más que abandonar esta pequeña y cuadrada habitación, esta solitaria calle y esos días llenos de sol e infantil bullicio. El monstruo de la desdicha ha terminado conmigo, y no puedo más que felicitarlo por haber hecho un excepcional trabajo. Aún ahora, lo que más me duele en esta mi hora final, es el hecho de que no pude obtener lo que tanto ansiaba...una sola sonrisa de ella.

FIN